

EL PRECURSOR DON FRANCISCO DE MIRANDA

...Es tan interesante y tan ameno el libro *Miranda, soldado del infortunio*, de Diego Córdoba, que merece un comentario especial esta obra biográfica sobre el precursor de la libertad de América.

Cuando Francisco de Miranda, en Londres, se da cuenta de que el poderoso ministro William Pitt no le presta ningún apoyo para la obra independista del Nuevo Mundo, el paladín de la libertad decide partir a Francia, que entonces se encuentra en pleno hervor revolucionario. Confía hallar allí el camino que le abra paso a su temeraria empresa emancipadora, pero el insigne venezolano ignora que va a equivocarse.

En París se acerca a los adalides conspicuos de la Revolución: al alcalde Petion, a Brissot, a Vergniaud, a Dantón, al poeta Andrés Chenier, y asiste a las veladas de Madame Rolland.

Petion lo invita a servir a Francia; Brissot lo apoya y Miranda accede. El 22 de agosto de 1793 el caraqueño “es nombrado mariscal de campo a las órdenes del general Doumuriez”. De esta suerte el flamante mariscal “espera poder ser útil algún día a su patria, que no puede abandonar.”

El antiguo régimen se derrumba en Francia. Los ejércitos aliados de Prusia y de Austria, al mando de Federico Guillermo y el duque de Brunswick, avanzan sobre los que comanda Doumuriez, a quien derrotan en Verdún, y siguen adelante hasta Valmy. Pero allí está Miranda, quien al ver que las tropas francesas retroceden a la desbandada, “sable en mano las increpa y reorganiza”, y entrando personalmente en la acción, con una carga heroica, “rechaza al poderoso enemigo” con su valiente empuje y salva a Francia, que le otorga, por su fulgurante victoria, el merecido ascenso a lu-

garteniente general de sus ejércitos. Todavía después triunfa en Arsbeck y en Wassemborg; pero luego vienen las derrotas de Maesricht y Nerwinden, que pierde por órdenes absurdas de Doumuriez, quien logra, acusándolo de traidor, llevarlo al Tribunal Revolucionario, donde la sola presencia de la fatídica figura de Fouquier-Tinville es presagio de muerte. Pero sale absuelto, testimonios distinguidos le favorecen, Barlow dice: "Miranda es el guerrero filósofo, interesado en el bien de la Humanidad", y Thomas Paine declara que el mariscal no puede ser traidor a la República, "porque el destino de la Revolución francesa está íntimamente ligado con el objetivo de su corazón: la independencia de la América española".

La sentencia del tribunal es una apoteosis para el leal soldado. Son culpables de traición D'Haugest, Doumuriez, Valence, Miranda es inocente. El pueblo, entusiasmado por el justo veredicto, lleva en hombros por las calles de París al "fugitivo de la guillotina".

* * *

Cuando el corso prodigioso entra en la vasta escena del mundo, Miranda lo invita a su casa de la rue Saint Florentin. No se entienden. París es un nido de conspiradores. Los ejércitos franceses son vencidos y París se inquieta. "Realistas y moderados se enfrentan a la Montaña y un grupo de ilusos girondinos proyecta un Poder Ejecutivo encabezado por Miranda y Leinan". Esto basta para que sospechen del militar extranjero. Al estallar la conspiración del 13 Vendimiario. "Napoleón impone su impresionante personalidad militar, restableciendo el orden y fusilando a los principales jefes del movimiento..."

El Directorio tiene por enemigo a Miranda y lo acusa de conspirador.

El 22 de diciembre de 1797 firma el "Acta de París" con el peruano José del Pazo y el chileno Salas. En el proyecto independizante "se solicita la colaboración conjunta de Inglaterra y de los Estados Unidos contra España y Francia para armar una expedición... para independizar las colonias..." Para el caso Inglaterra suministraría armas y 10,000 hombres y los Estados Unidos 7,000".

El 3 de enero de 1798, "con peluca, espejuelos verdes y un pasaporte falso, deja Francia y arriba a Londres".

* * *

Es entonces cuando principian las azarosas expediciones militares del Precursor en todas las cuales fracasa.

En los Estados Unidos se sienta a la mesa del Presidente Jefferson y presenta memoriales al secretario Madison, quien no se muestra muy simpatizador de la 'odisea mirandina'.

El judío Ogden facilita 20,000 dólares para la expedición y su amigo Smith ofrece 50,000, la corbeta "Leandro", dotada de 18 cañones y más de doscientos hombres, con amigos entusiastas, unos, y mercenarios otros, zarpa rumbo a Venezuela. Pero el representante español, marqués de Casa Irujo, enterado de la empresa, hace un escándalo mayúsculo contra el "traidor a su patria", el "pirata" Miranda, escándalo que obliga a Jefferson a declarar la verdad: que no ha ayudado a la expedición". Simón Bolívar, desde París, profetiza el fracaso del Precursor, observa Diego Córdoba, el biógrafo de Miranda.

En Ocumare es el desastre. "El 'Leandro' huye y 59 libertarios de los desembarcados son fusilados o ahorcados por herejes y asesinos."

Pero el Precursor no se da por vencido... desde Barbados "lanza vibrante proclama a sus compatriotas, a luchar por la libertad, pero nadie responde". En julio de 1806 organiza su aventura de Coro, con diez unidades marineras y 300 hombres que sueñan unos "con la libertad y la gloria y la mayoría con riquezas y prebendas".

"Los invasores, venciendo a los realistas, entran en Coro en la madrugada del 3 de agosto, donde iza por primera vez la bandera de 'Venezuela Libre'. Pero su permanencia en la plaza rendida es apenas de diez días. Los españoles le interceptan el agua y la gente medrosa y fanática no sigue al Precursor, que se retira al puerto de La Vela y después a la isla caribeña de Aruba, 'sol asesino y aguas pútridas', de donde marcha a Granada, después nuevamente a Barbados y por último a Trinidad, donde el paupérrimo patriota se ve obligado a vender su 'Leandro' para regresar a Londres."

El Precursor ha cumplido ya los sesenta años de su edad. Mientras tanto los ayuntamientos de las colonias, después de la abdicación de Carlos IV, van reconociendo a Fernando VII como soberano.

El 19 de abril el ayuntamiento de Caracas se erige en junta suprema, siendo éste uno de los primeros actos insurgentes que preludia la independencia de las colonias iberoamericanas. Entre los componentes de La Junta se encuentra el coronel Simón Bolívar, de 27 años, quien es enviado a Londres en comisión diplomática, llevando como secretario a don Andrés Bello.

El Precursor recibe a los enviados de la junta, a la que ofrece sus servicios. Los presenta con el duque de Gloucester, quien los sienta a su mesa y les promete ayuda en sus planes; pero los incipientes diplomáticos fracasan en su empeño. La Política inglesa se abstiene de inmiscuirse en favor de los rebeldes.

A fines de septiembre Bolívar embarca para La Guaira y al volver a la patria pide a la junta el retorno de Miranda, quien arriba en triunfo y es recibido con entusiasmo por la multitud, que lo aclama con delirio, en Caracas. Pero por desgracia para el ilustre patricio las veleidades del pueblo, al que ama sobre todas las cosas, lo envuelven en ingratitudes que lo amargan y le ponen en relieve su verdadera situación. Es el desarraigado, el prócer milite de los ejércitos de Francia, el comensal de las testas coronadas y de los estadistas sobresalientes del Viejo Mundo, el amigo dilecto de las más rancias familias europeas; el Don Juan de envidiables aventuras eróticas. Pero su patria no es ya su mundo; la sociedad provinciana en que ahora vive no armoniza con su espíritu de élite, no lo comprende, lo mira como a un extranjero en la propia patria que pretende libertar.

Sin embargo, su personalidad histórica se impone. Al promulgarse la Declaración de Independencia el Congreso designa a Miranda, Lino Clemente y José de Sata y Buss, para que elijan la enseña de la patria y éstos escogen la del Precursor, la que ondeó en el modesto bergantín "Leandro", la misma que llevará en sus manos el Libertador Bolívar en Boyacá, Pichincha, Carabobo, Junín... la misma que el mariscal Sucre plantara victorioso en los campos de Ayacucho, cuando "catorce generales de España entregaron, al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los tí-

tulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera trescientos años antes en manos de Isabel y Fernando". (J. E. Rodó).

* * *

Un nuevo movimiento aviva la insurgencia en Venezuela. Don Francisco de Miranda es nombrado comandante en jefe del Ejército. Lleva con él al marqués del Toro, a Simón Bolívar, Soubllette, Mariano Montilla y Antonio José de Sucre, que cuenta apenas 17 años; y con ellos triunfa en Valencia al cabo de cruda batalla en que tiene ochocientos muertos y mil quinientos heridos. Al comunicar la victoria al gobierno "exalta la conducta heroica de Bolívar".

A pesar de su triunfo las "intrigas persisten y arrecian contra el general en jefe". El Congreso recibe quejas contra el Precursor, señala su biógrafo Diego Córdoba. "Es un déspota con sus oficiales y soldados". "No ha sabido evitar derramamientos de sangre". "Ha usurpado las funciones del Congreso. Se le acusa inclusive de abusador de los dineros públicos". No, nada de eso es cierto. La verdad es que el patricio se halla envuelto en las redes de los federalistas mayoritarios y él es centralista por convicción. Después de su victoria en Valencia, Miranda, con cuatro mil hombres, quiere marchar contra Maracaibo. El Congreso no lo deja. Mientras tanto (principios de 1812), los realistas se reorganizan y refuerzan y la Naturaleza desata sus furias contra los patriotas. Un fatídico terremoto mata en Caracas a diez mil personas y los fanáticos hacen correr la especie de que aquella calamidad pública es el "castigo meditado por Dios para obligar a las provincias que se han hecho libres, a volver a los brazos de Fernando VII".

Un fraile enardecido amenaza al pueblo con "los rayos del cielo". Entonces "aparece Bolívar espada en mano, aparta al fraile escandaloso... y pronuncia su célebre apotegma: 'Si la naturaleza se opone a la independencia, la obligaremos a obedecernos'."

* * *

Entre tanto el jefe realista Monteverde avanza al centro del país. "Caracas tiembla de terror. El ejército insurgente delega en el Generalísimo amplias facultades. El Ministro de la guerra le dice: 'No consultéis más que la suprema ley de salvar a la patria'.

Pero Miranda no la salva. Al contrario, augura que va a 'presidir los funerales de la república'. Como así sucede, la república muere en sus manos."

El destino está contra los insurgentes y se desploma sobre el Precursor, que de tumbo en tumbo va perdiendo terreno, fuerza y prestigio. Monteverde y Boves, en cambio, aumentan su poderío con los traidores que se pasan a su causa, que va de triunfo en triunfo, al par que en las filas de los patriotas sucede algo criminal. Unos complotistas deciden aprehender a su jefe. Miranda, al enterarse, no sabe ser enérgico y los perdona. Así comienza su descenso y su tragedia. "Pese a sus conocimientos militares, a sus campañas en Europa, a su buena fe de hombre público y al vigor de su carácter —dice Diego Córdoba—, no puede ser el capitán que reclama la revolución". Pero hay más. La fatalidad se cierne sobre los patriotas. Simón Bolívar escribe a Miranda: "Mi general, después de haber agotado todos mis esfuerzos físicos y morales, ¿con qué valor me atreveré a tomar la pluma para escribir a usted, habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello...?"

Don Francisco de Miranda no reacciona ya como antaño. Es un desalentado, es un autovencido. La pesadumbre lo corroe hasta el aniquilamiento. Ha llegado al límite de su paciencia; su voluntad está en quiebra, perdida su confianza en los demás, y lo que es peor, su fe en sí mismo, la que jamás lo abandonara, se ha roto al hacerse pedazos su corazón. Hace examen de conciencia, contempla el horizonte sombrío de la patria, el ambiente ingrato y traicionero que lo rodea, y en resolución dramática, que significará el holocausto de su vida, decide capitular. Es el suicidio moral de su obra y será el fin de su existencia.

* * *

La capitulación indigna a Simón Bolívar, quien reacciona iracundo contra su jefe y amigo; y en un acto vergonzoso que la historia no le perdona, en unión de los oficiales inconformes "con la rendición del ejército", decide arrestar al indefenso prócer. Y es Bolívar quien lo aprehende, es a Bolívar a quien se entrega prisionero. Pero la verdad se ha de decir. *Bolívar* —hace constar Diego Córdoba—, *no engaña a nadie, prende a Miranda porque lo cree 'un traidor a la patria'. No para servir al rey.* Además, el futuro *Li-*
a la mazmorra del castillo de San Carlos, de la Guaira, "uno de los

bertador “lo posee el ímpetu de su personalidad telúrica, la urgencia de ser él quien reivindique el honor de la patria y, como lo pensaría Unamuno, descarga su pasión contra el solemne Generalísimo, la montaña que le cierra el paso a la libertad”.

Bien están esas bellas palabras como explicación, jamás como justificación. Don Francisco de Miranda, no era, nunca fue un traidor, sino un vencido en aquellos momentos, y, para el devenir eterno, el patriarca de la independencia americana.

Y, ahora, imaginad su desventura.

¿Qué sentiría el triunfador de Valmy cuando en la horrenda madrugada del 31 de julio, a la luz de la linterna del fiel Carlos Soublette, en el silencio más dramático de su épica historia, sobrecoigido y mudo por la pavorosa infamia, alarga su espada a su ingratísimo insubordinado? La pluma temblorosa se resiste a comentar la fea acción que dejó marcada sobre la historia del superhombre Simón Bolívar, una mancha que no limpiará nunca ni la gloria universal que lo nimba.

* * *

Después viene el suplicio de la peor de las enfermedades: el dolor del alma. Como los realistas, al pactar la capitulación, ofrecieron dar libertad a los vencidos y no cumplen su palabra de honor. Miranda, quien pudo perfectamente haber embarcado en el “Sapphire”, que lo esperaba listo para zarpar, queda así a merced de Monteverde, el comandante general de Venezuela, que lo arroja a la mazmorra del castillo de San Carlos, de la Guaira, “uno de los horrores de la Colonia”. Y mientras tanto Bolívar prepara ya, con otros patriotas, el retorno a la lucha que culminará con la “campana admirable”. Monteverde, quien teme que Miranda puede servir de bandera a la insurgencia rediviva, ordena que sea “internado en las bóvedas del castillo de San Felipe Puerto Cabello”. Después lo trasladan a El Morro, de Puerto Rico, y, por fin, llevarlo a la cárcel de Cádiz, “La Carraca”, donde su cuerpo, muy maltrecho ya por el escorbuto, entrega su alma a Dios —ironías del destino—, en el día simbólico de la libertad en el mundo: el 14 de julio del año de 1814...

(*Excelsior*, 4 de octubre de 1958.)